

EL FESTIVALITO

Bajo este cariñoso diminutivo se esconde el más institucional epígrafe de Festival Internacional de Cine Digital Isla de La Palma, un curioso y atípico proyecto cultural que, con tan sólo dos años de vida, está empezando a cosechar unos frutos impensables en el panorama cinematográfico canario, rompiendo con muchas convenciones y clichés sobre las posibilidades de gestación de una obra audiovisual.

El Festivalito nació, fundamentalmente, por el interés de dos jóvenes directores palmeros: Mercedes Afonso y José Víctor Fuentes, realizadores respectivamente de los cortometrajes *Siempre* (1997) y *La tierra desde la luna* (2001), y *La chica de la lluvia* (1998) y *Welcome to Disneyland* (2001). La idea original era celebrar un festival de cine modesto, centrado exclusivamente en la tecnología digital (es el único festival de Europa en el que el celuloide es el gran ausente), que sirviera de plataforma de difusión de la isla, y en el que además de ver cine también se rodara durante el certamen. Subvencionado en su mayoría por dinero público (Cabildo Insular de La Palma, Dirección General de Promoción Turística del Gobierno de Canarias, además de numerosas entidades privadas) el proyecto cristalizó entre el 27 de Julio y el 3 de agosto de 2002.

Una de sus características más notorias es su absoluta indisolubilidad con el entorno geográfico en donde se desarrolla, ya que la isla de La Palma es su principal protagonista. En efecto, la fascinación que por su tierra sienten los dos organizadores se ha trasladado al propio espíritu del festival, y su desarrollo en la práctica trasluce el deseo de mostrar a todo el mundo las singularidades de una isla particularmente hermosa y mágica. La otra base del certamen, más interesante, es su apuesta radical y decidida por una forma más libre de entender el cine, gracias a la democratización obtenida por las tecnologías digitales. De hecho, es un festival con manifiesto, algo de agradecer en estos tiempos post o transmodernos de mediocridad y conformismo. Efectivamente, podemos afirmar que El Festivalito es la punta del iceberg de una incipiente, imprecisa pero también incontenible vanguardia cinematográfica, con todo lo que esto

conlleva de programa ético y estético. Como reza su manifiesto «No pretendemos estar en contra de nada ni de nadie. Simplemente queremos apoyar una nueva forma de entender el cine, de hacer cine..., de producirlo, posproducirlo [sic], distribuirlo y exhibirlo. Lo llamamos cine digital. [...] Hablamos de una auténtica revolución que aún está por venir. [...] Puede que en algunos casos se hable de cine chico; tal vez sí, pero no cabe duda de que nos encontramos ante el cine en su estado puro. [...] Estamos hartos de que el cine se venda como mercancía barata. Estamos hartos de que nos obliguen a dejar de soñar y pensar. No queremos que impidan que los demás sueñen, que los demás piensen. Rechazamos por completo la globalización impuesta por una industria marchita y caduca. Porque creemos firmemente en este ideal, hemos creado en el último rincón occidental de Europa el «I Festival Internacional de Cine Digital Isla de La Palma».

El núcleo del festival se estableció en el Hotel Taburiente, situado en la zona turística de Los Cancajos, a unos cinco minutos de S/C de La Palma, que serviría para el alojamiento de todos los miembros de la organización, directores, actores y periodistas invitados (con pensión completa durante la semana que dura el festival), además de situar en el mismo complejo hotelero la oficina de prensa, sala de conferencias y la de montaje.

De igual modo quedó conformada la estructura del festival, que se ha mantenido similar en sus dos años de vida. En primer lugar proyecciones de cortos y largometrajes, tanto documentales como de ficción, que se realizarían en los Multicines Avenida de S/C de La Palma. Dentro de esta sección habría, cómo no, un director homenajeado al que se le rendiría tributo y que estuviera relacionado de alguna manera con el cine digital. Con un punto de vista más informativo y de diálogo se estableció un Foro Digital, donde diversos ponentes disertarían sobre las especificidades del nuevo medio. También se programaron algunas actividades de ocio: excursiones, comidas, conciertos en la playa y una proyección al aire libre en el Volcán de San Antonio (Fuencaliente) en Alta Definición. Aunque la sección más mimada por la

organización, la más original y la que, a la postre, ha resultado la más estimulante es «La Palma Rueda», en donde todos los directores invitados rodarían durante el festival un cortometraje para ser proyectado en la gala de clausura, con la convicción de demostrar que con el formato digital es posible escribir, rodar, montar y exhibir más de 25 cortos en menos de una semana, algo absolutamente imposible en 35 mm.

CEREMONIAS

Aunque las galas de inauguración y clausura de un festival no tienen gran interés desde el punto de vista cinematográfico, sí suelen ser representativas del espíritu del certamen, y también del nivel de gestión de sus organizadores. A este respecto hay que decir que la principal diferencia entre la primera y la segunda edición de El Festivalito ha sido la salida del proyecto de Mercedes Afonso, que ha dejado a José Víctor Fuentes como el único responsable de la organización del festival.

Para la primera edición de 2002 se contó con la colaboración de José Luis Rivero, actual director artístico del Auditorio de Tenerife y Codirector de la Escuela Canarias de Artes Creativas Eduardo Westerdahl, que preparó para el 29 de julio la presentación oficial del festival en el emblemático Teatro Chico de la capital palmera. Fue una ceremonia austera, minimalista pero muy digna, que se basó en una utilización inteligente de la iluminación escénica y de la proyección de diversos materiales audiovisuales. La guinda la puso la proyección del cortometraje *Lluvia*, del director canario Roberto Pérez Toledo, a la postre el mejor corto visto en la edición de ese año.

La de clausura fue una gala más improvisada pero cargada de emoción, gracias a la proyección de todos los trabajos realizados por los directores de La Palma Rueda, y la posterior entrega de premios.

Por el contrario, la segunda edición del Festivalito dedicó una menor atención a las ceremonias. Una serie de improvisados sketches, más la ilógica reposición de *Un perro andaluz* (1929) de Luis Buñuel con música electrónica en directo a cargo del grupo Tupperwear-Psicosoma (ilógica en tanto que se rompe la coheren-

cia de un festival digital) sirvió para dar la bienvenida en el 2003, mientras que la ceremonia de clausura sufrió un retraso de varias horas y que, igual que el año pasado, sólo fue salvada por la proyección de los cortos premiados de La Palma Rueda.

PROYECCIONES DE LARGOMETRAJES

Pese a que en todo festival de cine las proyecciones son el grueso de su actividad, en El Festivalito éstas no son sino un aspecto más de su oferta cultural y de ocio. No están englobadas en ninguna sección, sino que se agrupan en una sola, en la que todos compiten contra todos. El primer año se establecieron dos proyecciones diarias de largometrajes, precedidas de uno o varios cortometrajes, mientras que en el segundo año se duplicó y fueron dos las salas de los Multicines Avenida las que proyectaron simultáneamente las películas de El Festivalito.

El criterio de selección no es muy riguroso, ya que, entre otras cosas, la producción digital aún no es tan masiva como la analógica. Por ello cada proyección es un misterio, y el espectador nunca sabe qué se va a encontrar. El primer año pudimos disfrutar de excelentes trabajos, como la innovadora *It's for you* (2002), de Bruno Lázaro Pacheco, un brillante ejercicio de narración a través de las cámaras digitales que usan los propios personajes de la historia para hablarnos del amor, la separación, la soledad, y convertir la mirada del espectador en privilegiado voyeur de sus vidas; o las más clásicas comedias *Dripping* (2002) de Vicente Monsonís, en la que Pep Muné se mete en la piel de un pintor frustrado incapaz de completar una magna obra que le resuelva emocionalmente su vida, y *Entre abril y julio* (2002), de Aitor Gaizka, una historia romántica de almas gemelas que se rozan hasta encontrarse, que sería la que finalmente el jurado, presidido por el director de la Filmoteca Canaria Jorge Gorostiza, galardonaría con la Estrella al mejor largometraje. En el apartado de los bodrios infumables (imprescindibles en cualquier festival de cine) destaca *Funerarias independientes* (2002) de Miquel Mascaró y Joseph Hernández, o cómo el estilo Tarantino puede llegar a límites bochornosos; la supuestamente experimental *Schubert* (2002) de Jorge Castillo



Casalderrey, o cómo hacer una película superando Tarkovsky y Godard juntos; u otro experimento visual, *Off* (2002), de Antonio Dyaz, cuyo principal reclamo es que fue rodada ilegalmente en las principales capitales del mundo.

En cuanto a los documentales podemos decir que el nivel fue más alto y regular, empezando por *La cuba mía* (2002), de Oscar Gómez, en la que Celia Cruz y Miliki hacen un recorrido por la música cubana de los años 50; el impactante y brutal trabajo de Héctor Herrera titulado *One Dollar* (2002), que se sumerge en las oscuras profundidades del mundo de la droga en Panamá; y el más divertido y ligero viaje de Guillermo García Ramos junto con David Trucheon, que recorren Francia buscando al mismísimo director de *Al final de la escapada* (1959) para jugar con él un partido de tenis en *Tenis con J.L.G. Buscando a Godard* (2002), y que sirve como excusa para hablarnos del arte y la obra de uno de los grandes realizadores de la historia del cine, finalmente premiado como el mejor documental.

Una mención especial merece también el descomunal esfuerzo de Luis Eduardo Aute por dibujar y narrar sólo con imágenes siete historias de diferentes artistas del siglo XX en su interesante largometraje *Un perro llamado dolor* (2001).

Con la duplicación de la programación en la edición de 2003 el espectador se vio incapaz de poder seguir todas las obras presentadas. No obstante, podemos destacar en primer lugar a Danny Boyle, el irregular director británico de *Traispotting* (1996), que sorprendió a todos con dos impresionantes medimétrajes, *Vacuuming completely nude in paradise* (2001) y *Strumpet* (2001), brillantes ejercicios de una abrumadora fuerza visual al servicio de historias sencillas y emotivas; el durísimo y brutal descenso a los infiernos de la droga y la autodestrucción personal del canadiense S. Wyeth Clarkson titulado *Deadend.com*; o el fresco pero irregular *Waba!*, de Roger Lapuente y Emiliano Romero, siendo estos dos trabajos los premiados ex-aequo por el jurado de esta edición que presidió José María Otero (presidente del ICAA).

Repitiendo el buen nivel del año anterior, los documentales de este año consolidaron su

alto nivel de calidad e interés, algo propio de un género que en los últimos años está viviendo una eclosión inusitada. Se presentó el celebrado recorrido real de Pere Joan Ventura en *El efecto Iguazú* (2002); el último esfuerzo del canario Juan Ramón Hernández, está vez posando su mirada en el mundo de la danza en *ADN. Vivir en danza* (2003); o la reflexión que planteó el también canario David Baute sobre un tema tan candente como la inmigración con *Somos todos* (2003). Finalmente el premio recayó también de forma repartida en *Dueños de nada* (2003), de Sebastián Talavera, y *Aislados* (2003), el necesario pero fallido esfuerzo del tinerfeño Miguel G. Morales por rescatar el espíritu de Gaceta de Arte y sus componentes.

CORTOMETRAJES

Debido a la inexistencia de una red de distribución de cortometrajes en España, los festivales de cine se convierten en privilegiados y casi únicos escaparates para poder ver este tipo de producciones siempre tan interesantes, que con pocos medios y en poco tiempo se atreven a contar «grandes» historias.

Ya dijimos que en el 2002 fue *Lluvia*, de Roberto Pérez Toledo, el que unánimemente se recordará como el mejor, ya que no se estableció un premio para esta categoría (algo que fue rápidamente corregido en la segunda edición). Pérez Toledo emocionó a todos los espectadores con un relato intimista, tres historias de amor en diversas fases en medio de una de lluvia de estrellas. Otra joya fue *El espejo*, de Carlos Navarro, que reflexiona en menos de dos minutos sobre la naturaleza del cine en un magistral plano secuencia. En la misma línea intimista pueden colocarse otros títulos como *Soldaditos de latón*, de Gabriel Velázquez, *Inocencia*, de Sergio García, o *El viejo y el lago*, del siempre nostálgico Miguel G. Morales. Más experimentales fueron el interesante trabajo de Félix Curberó *El plantador de árboles* y el delirante *Charrosis*, de Gabriel Velázquez, que homenajea con estilo fesseriano a su Salamanca natal.

De la segunda edición, podemos mencionar a la genial y multipremiada adaptación de la novela de Dostoyevsky *Noches Blancas* en sólo ocho minutos, un impresionante ejemplo de



narración, metaficción, elipsis y dominio del encuadre y la fotografía, dirigido por los catalanes Joan Carles Martorell y Francesc Felipe; el original delirio por los mundos de Morfeo y la burocracia que propone Mario Iglesias en su *Sueño matriusco*; o el último trabajo de Roberto Pérez Toledo, *En otra vida*. Finalmente este año sí hubo *Estrella de El Festivalito*, que se fue a *Profilaxis*, del Daniel Sánchez Arévalo, todo un especialista del cortometraje, ganador de las dos últimas ediciones del Notodofilmfest; y en cuanto al mejor corto canario se destacó a *Historia de Lucía*, de María González Calimano Espinosa.

A parte de esto, El Festivalito 2003 presentó una nueva sección llamada Biosfera, que agrupaba diferentes proyectos de cortometrajes amateur, como *Orson de kid*, de una escuela de cine para niños, *Imacinet*, del Encuentro Internacional de Cine de Maspalomas, o *Canarias Rueda*, que mostró algunos trabajos de este nuevo certamen de creación cinematográfica nacido precisamente del festival.

HOMENAJES

Como agradecimiento a la valentía de ser el primer director español en pasarse al cine digital, El Festivalito 2002 rindió homenaje a Julio Medem y su *Lucía y el sexo* (2000), el deslumbrante itinerario de Medem por los mundos de la pasión, la creación y el deseo, que además, basa gran parte de su peso en la fascinación por una isla utópica. Pese a la ausencia a última hora de Medem, compensada por la presencia fugaz de su actor protagonista Tristán Ulloa, el film fue proyectado al aire libre en el impresionante paraje del Volcán de San Antonio en Fuencaliente y, además, en todo su esplendor y tal y como lo concibió su creador, en Alta Definición digital.

Para el segundo año se escogió la figura de Marcel Hanoun, director francés relacionado en sus orígenes con la Nouvelle Vague y que durante los últimos años ha realizado una vasta producción en formato de vídeo y digital. Sus inclasificables películas (*Así se llama el amor*, *El grito*, *Muerto por vivir...*) respiran una gran libertad expresiva pero mezclada con una escandalosa falta de medios y un particular sentido de la

transgresión, como muestra su visión cómica de los atentados del 11 de septiembre en *El grito*, o la revisión de El Quijote que propuso para La Palma Rueda.

LA PALMA RUEDA

Pero como adelantábamos al principio, la verdadera esencia del espíritu de El Festivalito se manifiesta en esta original propuesta de creación. El desafío consiste en que todos los directores invitados al certamen deben de rodar un corto durante su estancia en el festival. Para ello deben traer su cámara digital, mientras que la organización les facilita una pléyade de actores, en su mayoría canarios, y una sala de ordenadores perfectamente equipados para las labores de montaje y edición. Las condiciones son rodar únicamente en exteriores de la isla, acogerse a un tema: *La utopía nace en una isla* para el 2002 y *Hoy empieza todo* en el 2003, y, en el caso de la primera edición, no superar los 90 segundos de duración, algo que se dejó sin restricciones para el año siguiente.

Resulta indescriptible la eferescencia creativa que esto supuso para el festival. Cada día el hotel se llenaba de directores pensando sus historias, buscando localizaciones o seleccionando a los actores. Se trataba de hacer el cine real para todos, de hacerlo cercano, fácil. Aunque parezca imposible el primer año se rodaron 27 cortos de un minuto y medio, mientras que el segundo año fueron 35, y todos superaron los tres minutos; algunos incluso llegaron a los 11 minutos. El clima de comunicación y cooperación entre todos ellos fue total, ya que ni siquiera se sabía que los trabajos iban a ser premiados al final y hubo actores que podían presumir de haber rodado 3 cortos en un día. Parecía que la utopía empezaba a hacerse realidad.

Como consecuencia del escaso tiempo de preparación, muchos directores optaron por una línea casi exclusivamente visual, otros por pequeñas historias apoyadas en la voz en off, mientras que sólo unos pocos se arriesgaron con los diálogos. No obstante el nivel sorprendió a todos y en la ceremonia de clausura pudieron verse auténticas joyas. De nuevo fue Roberto Pérez Toledo el que puso de acuerdo a jurado y público con su excepcional *Gara y los sueños*, un sencillo pero

emotivo relato sobre la pérdida de la inocencia brillantemente interpretado por la actriz revelación de ese año, Gara Mora. El segundo premio se lo llevó el novel David Sanz Kirbis, que dio toda una lección de montaje con su *Vanitas vanitatis et omnin vanitas*. En total fueron seis los premiados, aunque realmente, y esta vez no es un tópico, todos ganaron, y el cine el primero, porque cuando 27 personas son capaces de sacar adelante una historia en imágenes, sin más presupuesto que su propia creatividad, es que algo grande puede suceder con el cine digital.

La segunda edición corroboró lo que había pasado en 2002. El espíritu de creación libre se podía palpar en cada rincón de la isla y la organización aumentó este año el plantel de actores, incluyendo además a prestigiosos intérpretes profesionales como Maria Galiana, Nancho Novo, Lola Dueñas, Javier Albalá o Ana Álvarez. Con menos tiempo incluso de preparación y una mayor masificación en la sala de montaje, los trabajos proyectados fueron, cinematográficamente hablando, mejores, más maduros que los del año pasado. Roberto Pérez Toledo volvió a demostrar su gran sensibilidad como guionista y sus enormes dotes en la dirección de actores con *Contar las nubes*, que se llevaría la Estrella a la mejor interpretación femenina para Enma Álvarez, la actriz que deslumbró en el 2003. No deja de tener mérito el trabajo de este director de Lanzarote, si tenemos en cuenta, además, que se ve obligado a dirigir desde su silla de ruedas. Y es que ya lo hemos dicho, en El Festivalito todo es posible. Jonay García, que se llevó el cuarto premio el año anterior, afrontó este año el tema de los malos tratos con un relato excepcionalmente duro e impactante, *Ayer empezó todo*. David Sanz Kirbis se volvió a destacar del resto y literalmente «robó» unas entrevistas a varios miembros del festival para construir su particular definición del amor: *Química. Algo más. Dolor. Te quiero*. Aunque el trabajo que dejó boquiabiertos a público y jurado este año fue el de Mario Iglesias, titulado, y no por casualidad, *Intensidad*. Protagonizado por Enma Álvarez y Nancho Novo, Iglesias da una lección, cámara en mano, de toda la fuerza que son capaces de transmitir unas miradas llenas de deseo, unos diálogos directos y precisos y una dirección de

actores sobresaliente. Tanto los propios directores como el jurado le dieron la Estrella al mejor corto de La Palma Rueda, en el caso del segundo ex-aequo con *Give up*, una divertida historia de Luis Prieto (director del multipremiado corto *Bamboleo*). La crítica especializada destacó el corto *No me esperes pa cenar*, del tan ingenioso como casposo Álvaro Carrero, mientras que el último premio, el de interpretación masculina, recayó en Javier de Martos por su papel de especulador inmobiliario en *La serpiente*, del norteamericano William McGrath, pese a que el jurado se equivocara en la ceremonia de clausura entregando por error el premio a Alejandro Hansen, que también participaba en el corto de McGrath.

CONCLUSIONES Y PERSPECTIVAS

Y hasta aquí llega lo que podría definirse como una crónica periodística de lo vivido estos dos años en La Palma. Pese a todo, es posible también plantear algunas críticas y reflexiones.

Fruto de su exaltación de la libertad creativa, de su apasionamiento y entusiasmo, se deriva también una cierta falta de organización, que se ha acuciado el segundo año. La programación de las proyecciones no estaba cerrada hasta el mismo día en que comenzaba el certamen, además de sufrir modificaciones casi diarias. Además el acceso a esta información es privilegio casi exclusivo de los invitados del festival, lo que ha provocado que la repercusión del festival en el ámbito cultural de la isla haya sido mínima. Por ello se ha criticado desde la prensa canaria que el certamen parece concebido únicamente para el disfrute de los organizadores y sus invitados.

La frontera de la isla, la proyección exterior del festival tampoco parece haberse superado. La prometida distribución exterior de los trabajos realizados dentro de La Palma Rueda se ha quedado en buenas intenciones, salvado únicamente por la venta a Canal plus de cinco trabajos de la segunda edición, cuando, realmente, ese valiosísimo material puede ser perfectamente difundido en multitud de muestras, certámenes, portales de Internet... ya que serviría tanto de plataforma de exhibición de nuevos talentos como de proyección turística de la isla.

Sin embargo, también existen buenas razones para el entusiasmo. La primera de ellas es la constatación de que algo está cambiando en la realización del cine en Canarias. A raíz del Festival y de su demostración fehaciente de que es posible contar una historia con muy pocos medios, se ha creado el concurso de creación audiovisual Canarias Rueda, desarrollado en todas las islas del Archipiélago y apoyado masivamente por las instituciones públicas. Este certamen ha reunido más de 80 trabajos y repartido jugosos premios a modestos cortos de tres minutos de duración rodados en los exteriores de las siete islas. Han sido muchos los que por primera vez se han atrevido a coger una cámara y lanzarse a la maravillosa aventura de rodar una película, y poder luego ver exhibido su trabajo por televisión.

Efectivamente podemos decir que algo está cambiando. Ya no parece imposible realizar un cortometraje en esta tierra. Ya no resulta imposible ver en los cines de La Palma, aunque sólo sea durante una semana, las últimas obras de los autores de cine. Es incluso factible ver películas al lado de un volcán o en la playa, o que un actor pueda hacer tres papeles en un día. Es simplemente real que hoy por hoy haya más de ochenta directores de cine en Canarias. Directores, sí, porque no es más director Steven Spielberg que el ganador del Canarias Rueda por El Hierro. Ambos han contado una historia a través del medio cinematográfico.

Esperemos que los sueños se sigan haciendo realidad.

JAIRO JESÚS LÓPEZ PÉREZ

